

ca del cadáver faltaban ciento cincuenta mil francos lo menos...

—¿Decís lo menos? ¿No estáis seguro de la cifra?

—No, pero este detalle no tiene más que una importancia secundaria.

—Ese dinero pudo ser robado.

—No es lo probable.

—¿Por qué?

—Los ladrones no hubieran dejado en el sacco de la condesa los treinta ó cuarenta mil francos que se encontraron.

—¡Ah!—dijo el señor Pilet-Desbuttes con fingida indiferencia;—es posible; pero..

—¡Esperad!

—Como queráis.

—Durante muchos años la señorita de Arvil ha buscado á su hija, perdida de una manera tan rara...

—Rara, en efecto, y aun novelesca.

—Gastos considerables, intervención de la policía, anuncios en los periódicos; todo se puso en movimiento. Todo ha sido inútil.

—¡Es chocante!

—No. El secreto de los de Arvil no lo poseía más que un solo hombre y ese hombre no quería hablar...

—¿Por qué causa?

—Por su interés. La suma entregada por la señora de Arvil para su nieta era bastante considerable, la renta más que suficiente para atender á los gastos de la educación de la niña, por costosa que fuera.

—¿Entonces?

—Supongo que el hombre investido de la confianza de la condesa, no era digno de ella,

que ha querido guardar para él ese depósito, aprovecharse de los ciento cincuenta mil francos de la niña y de las rentas acumuladas en cerca de veinte años.

Las labios delgados y descoloridos del anciano desaparecieron, para no dejar en su lugar más que un pliegue profundo.

Pareció reflexionar y dijo con el aire más indiferente:

—Tal vez tengáis razón. Concluid.

—Un momento todavía y habré concluido. Esta expoliación, este crimen infame cometido con un pobre ser sin defensa, debía tener tristes consecuencias.

—¿Cuáles?

—Lanzada en la vida, sin recursos, acompañada de otra joven despojada como ella por el mismo malhechor, la hija de la señorita de Arvil... ha tenido que buscar en París los medios de existencia que su abuela la había dado y que un criminal la robaba... Ha demostrado el mayor valor, pero un día vencida por la adversidad, estuvo á punto de sucumbir y sacrificar su honor, menos por su propia necesidad que por abnegación por la amiga de quien se había convertido en sosten y que se llama Elena de Solmes.

—¿Decís?

—Elena de Solmes... En resumen, la noche en que el marqués de Caylus ha sido asesinado por un desconocido, tal vez Aurora Milton hubiera sido su querida... He concluido, caballero. El malhechor que recibió los ciento cincuenta mil francos de la condesa de Arvil; el que ha abusado del depósito que le confió, sabiendo que muerta la condesa no existían más



testigos de ese depósito; el ser sin corazón y sin fé que, por satisfacer su avaricia ha expuesto á todas las miserias y á los peligros de la pobreza á la niña de que por decirlo así era tutor, ese hombre á quien su hipocresía ha hecho merecer la estimación pública que roba como ha robado á desgraciadas niñas sin protectores; ¡sois vos!

—¡Caballero!

—Sois vos, estoy seguro de ello.

—¡Mentís!

—¡Si otro que un anciano indigno me ultrajase con tal palabra, apelaría á lo que en otros tiempos se llamaba el juicio de Dios; pero viniendo de vos, esa injuria no me alcanza: Aurora Milton es la hija de la señorita de Arvil... ¡Tranquiízalos!... No es el dinero recibido por vos lo que vengo á reclamar... Lo desprecio. Lo que yo quiero es la prueba irrefutable de lo que digo, y la tendré.

—¡Lo dudo!

—¡Vos mismo seréis quien me la dará!

—¡Os juro que no!

—Podriais resistiros; pero la evidencia os aplasta. La señorita de Arvil ha llamado á su nieta Aurora Milton porque nació en una villa que tenía este segundo nombre... La edad de vuestra pupila es la que tendría esa niña perdida... Su parecido con su madre es sorprendente.

—¡Presunciones!... ¡Quimeras!

—Escuchadme aún... Vos fuisteis quien se la confió á esos aldeanos que la criaron; vos quien pagaba las pequeñas cantidades destinadas á recompensar sus cuidados; vos quien la puso en un convento de Moulins; vos fuisteis quien

quiso casarla con vuestro protegido, Bernardo Chavarux, hoy desaparecido; vos, en fin, quien, cuando ella se negó á casarse con él, la declarasteis que en lo sucesivo no debía contar más que con ella misma para sostenerse. Esto es bastante para convencerme; es demasiado tal vez para convencer á los demás... Quiero la verdad... ¡Decídmela!

El notario sacudió la cabeza.

—Por mí no sabreis nada—dijo.—Confidente de un secreto que no me pertenece, le guardo. ¿Quién podrá censurármelo? Dirigíos á la justicia... Veréis lo que os responderá. Esta entrevista ha durado demasiado.

—Escuchad un momento más. Habéis hecho bastante daño á esa joven privándola de una madre que la llora y de los recursos de la condesa de Arvil os había dado para ella. No pongais el colmo á vuestra infamia negándoos cuando se va haciendo luz á hacer desaparecer las últimas dudas que pueden subsistir en el alma de los que la quieren. Confesad, pues, y por consideracion á vuestras canas guardaré silencio.

El notario se levantó.

—No—dijo.

—Aseguraréis vuestra impunidad con esa confesion.

El señor Pilet-Desbuttes declaró con seguridad:

—No temo nada.

Entonces la sangre de Jaime Fugeret, impetuosa como en los tiempos de su juventud, se le subió al cerebro.

—¡Ah!—exclamó, levantándose á su vez y separando de la puerta al anciano, que quería



abrirla.—Sois el más vil de los bandidos que en mi vida he encontrado. Pues bien; no saldréis de aquí antes de haber dicho todo, confesado, vuestros crímenes, vuestras infamias cometidas con esas dos jóvenes.

Sacó un revólver del bolsillo y apuntó á la frente del notario.

—¡Decid la verdad!—ordenó.

La cara del señor Pilet-Desbuttes se puso cadavérica, pero contestó con cierta firmeza:

—No.

El general repitió:

—La verdad, si no quereis que os levante la tapa de los sesos.

—¡Entonces no la sabréis nunca! — balbució el miserable haciendo un último esfuerzo.

—¡Yo la encontraré en otra parte!

—¿Vos?

—¡Yo!

—¿Cómo os arreglaréis?

—Compraré á gentes que venderán su alma por algunos billetes de Banco. Los daré lo que pidan: cien mil francos, si es preciso!

—¿A quién?

—¡A los Chavarux, vuestros protegidos!

El notario murmuró:

—¡Cien mil francos!

—¡Doscientos mil, en caso necesario!

El anciano se sentía vencido.

Tuvo como una visión de los Chavarux fascinados por esta oferta; sonreír á la vista del montón de oro, colocado delante de ellos y entregando todo lo que sabían de su odioso secreto.

La Claudia había conservado los objetos que le habían entregado con la niña.

El lo sabía.

Además estaba agobiado por las pruebas que el general poseía ya.

Con su aguda inteligencia, entreveía confusamente una mano única en los diferentes actos del drama que se agitaba alrededor de Aurora Milton.

Los que la habían conocido, buscado, amado tal vez, iban desapareciendo.

Un presentimiento le advertía que Bernardo Chavarux había sido asesinado por causa de ella.

Había ocurrido una desgracia, él no lo dudaba, y á pesar de su sequedad de corazón su energía había disminuido.

Después de todo, la Claudia decía la verdad.

Era su hijo.

¡El marqués de Caylus había sido asesinado en el momento en que quería hacerla su querida!

La fatalidad se servía de una mano desconocida para sembrar la muerte alrededor de ella.

¿Con qué objeto?

Por fin el brillo de los ojos de Jaime Fugeret, su energía, la indomable energía que se notaba en todo su ser, nervioso, irritable y ardiente, cuya fama había llegado hasta él, le advertían que hubiera hecho mal en prolongar una lucha desigual y en la cual el azar le había hecho traición poniendo á un hombre como el general sobre las huellas de su crimen.

Cayó anonadado sobre una butaca y dijo con voz ahogada.

—¡Sea, hablaré, pero me habeis prometido el silencio!



—Sí.

—¿Vuestra palabra?

—Os la doy.

Entonces el anciano, con mucha claridad, expuso lo que había pasado, la llegada de la condesa de Arvil á Vichy, su entrevista, la tentación que el accidente de Bellegarde y la muerte de las dos mujeres le habían inspirado, y por fin la cólera que le había dominado al saber que Aurora se negaba á casarse con su protegido Bernardo Chavarux y la partida de la joven para París.

En cuanto á Elena de Solmes, confesó que se había quedado con treinta mil francos que pertenecían á esta joven á quien se los devolvería con la condición del secreto.

Jaime Fugeret sentía en su alma una alegría inmensa, indecible.

Había encontrado á su hija.

Dirigió una mirada de compasión al notario y preguntó:

—¿Lo que me habéis dicho es la pura verdad?

—Sí.

—¿Lo afirmaréis por escrito?

El señor Pilet-Desbuttes se inclinó.

—Hacedlo, pues.

El anciano parecía anonado.

—¡Dictadme la declaración!—balbució.

Aquel hombre, que habia sabido acaparar durante una larga vida la estimación pública, entregándose á los actos más indignos, estaba desconocido.

Era una completa ruina. Cincuenta años de hipocresía acababan de ser desenmascarados.

Todo un edificio de honor y de consideración yacía por tierra.

Y para colmo de miseria, una voz misteriosa murmuraba al oído del anciano esta amenaza, confusa aun:

—¡Tu hijo ha muerto por culpa tuya, víctima de la trama que tú has urdido con tus propias manos alrededor de esa Aurora Milton.

Esto era el castigo.

A pesar de los defectos del hijo de la Claudina, el notario no quería á nadie en el mundo más que á aquella criatura, que era su hijo.

De esto no tenía él duda.

Y aquella voz repetía:

—Sí, ha muerto por causa de esa joven que tú has despojado, privado de todo, ocultado á la madre que la buscaba, y que con el corazón angustiado se arrojó en la batalla de la vida sin dinero y sin guía.

El general cogió una hoja de papel, la puso delante del notario, y colocándole una pluma entre los dedos, le dijo con imperioso tono:

—¡Escribid!

Entonces dictó:

»Yo, el abajo firmante, Pilet Desbuttes, notario en Vichy, declaro en obsequio de la verdad:

»Que la señora condesa de Arvil vino...»

El general se detuvo.

—¿En qué época precisa?—pregantó.

El notario abrió un cajón de su escritorio, sacó de él un legajo, sobre el que se leía esta inscripción:

*Asuntos de Aurora Milton.*



Le abrió y consultó, y entonces dijo:

—El 22 de abril de 1870.

—¡Escribid!

«El 22 de abril de 1870 á traerme una criatura del sexo femenino, á la cual declaró haber puesto los nombres de Aurora Milton.»

El general repuso:

—¿No os dijo donde había nacido esa criatura?

—No.

—¿Ni quién era su madre?

—Tampoco.

—¿Qué cantidad os entregó al marchar?

El señor Pilet recorrió de nuevo sus notas.

—Unos ciento cuarenta mil francos—dijo.

—¿Nada más?

—No.

Pilet mentía.

La condesa le había dado exactamente ciento setenta mil francos, de los cuales treinta mil eran por sus honorarios.

—¿Los intereses bastaban para los gastos que producía la alimentación y cuidado de la niña?—preguntó el general.

—Con exceso.

—¿Luego esos ciento cuarenta mil francos los habéis conservado, indudablemente?

—Poco más ó menos.

—Escribid:

«La señora Arvil me entregó al mismo tiempo una suma de ciento cuarenta mil francos para atender á las necesidades de la niña y con el fin de que el capital la fuera entregado á su mayor edad.»

—¿No la habéis dado nada?

—Nada.

—Escribid:

«Yo he tenido la crueldad de dejar á esa joven irse á París sin entregarla ni un céntimo de lo que la pertenecía; sino que, por el contrario, la he dejado luchar con la miseria, previniéndola que nada tenía que recibir en el porvenir...»

»Este es un crimen del que la pido perdon.

»Me comprometo á repararlo entregando esa cantidad á los pobres.»

—¿Es esto todo?—preguntó el señor Pilet con voz ahogada.

—No.

—¿Qué más queréis?

—Seguid:

«Reconozco además que por otro abuso de confianza he privado á la señorita de Solmes y á su padre de una suma de treinta mil francos que me fueron prestados por el citado señor y cuyo capital no le he entregado.»

El anciano concluyó de escribir esta frase maquinalmente, dominado por la penetrante mirada del general.

De pronto tiró la pluma y cogió el papel para hacerle pedazos.

Ligero como el viento, Jaime Fugeret se apoderó de él.

El notario echaba espuma. De un salto se puso en pie.

—¡Es mi honor el que me arrancáis!—exclamó.

—¡Vuestro honor y vuestro dinero!—dijo duramente el general.

—¡No tendréis ni lo uno ni lo otro!—exclamó Pilet.—¡Diré que me habéis amenazado, que habéis hecho uso de la fuerza!...



—¡Entre vos y el general Fugeret, la opinión pública no vacilará! ¡Pensará que mentís! Además, ¿cómo explicaréis el nacimiento de la joven Aurora Milton, á quien tan indignamente habéis hecho traición?... ¿Quién os la ha dado?... ¿Por qué os habéis hecho cargo de ella?... No soy yo: es la verdad quien os agobia... Someteos, pues; confiad en la generosidad de los que han sufrido tanto por vos. Este es el mejor consejo que os puedo dar. De otro modo, os juro que no saldré de aquí sino para ir á casa de los magistrados, recorrer el velo que oculta vuestras infamias y reclamar el castigo. Escoged.

El anciano volvió á caer en su asiento,

Aterrorizado por la fuerza de las cosas, cedió.

—Haced lo que queráis—dijo.

El general extendió de nuevo el papel delante de él, y ordenó, después de haber dictado una última frase:

—¡Firmad!

El señor Pilet tuvo una suprema convulsión de cólera y de desesperación, y por fin trazó su nombre:

«Pilet Desbuttes.»

El general plegó el papel, lo metió en su cartera, saludó con un movimiento de cabeza y salió.

La criada esperaba en el vestíbulo; abrió la puerta y el general salió á la calle, cuando se encontró en ella, pensó:

—¡Rarezas de la naturaleza humana! He aquí un hombre que comete monstruosidades por el dinero y hace una vida pobre.

El notario permanecía inmóvil, sentado en

su silla, de codos sobre la mesa, con la barba entre las manos y los ojos muy abiertos, como los de un loco.

La criada, acercándose á él, le tocó en el brazo familiarmente, diciendo:

—Ese caballero ha salido. ¿No vais á acostaros?

Entonces el señor Pilet se levantó.

Sin decir una palabra, subió á su habitación, y allí, cayendo sobre su lecho, murmuró:

—¡Todo está perdido! ¡El honor, el dinero, mi hijo, todo! ¡Ya no nos queda nada!

Al día siguiente llegó la Claudia de Avignac.

Eran cerca de las cinco de la tarde.

Tres pasantes trabajaban, hablando en voz baja, como en habitación de un enfermo.

En todo el día habían visto al jefe.

Se les había dicho que estaba enfermo.

Por primera vez desde hacía muchos años permanecía encerrado en su habitación.

El aspecto del estudio era el de un sepulcro mal blanqueado.

Las plumas, sin embargo, rechinaban entretanto sobre el papel sellado; pero de cuando en cuando los pasantes se lanzaban miradas, que querían decir:

—¿Qué pasa?

Cuando la Claudia preguntó por el jefe, la contestaron:

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—En su cuarto.

—¿Enfermo?

—Eso parece.



Claudia no preguntó más.

Se lanzó á la escalera y subió de prisa á la habitación de su antiguo amo.

Este estaba vestido y sentado ante la chimenea, y en actitud de un moribundo.

—Y bien ¿qué hay de nuevo?—le preguntó.

El Sr. Pilet volvió hacia ella sus espantados ojos.

Claudia repuso.

—La pequeña, ya sabéis la forastera...

—¿Qué?

—Era hija de un rico. Os lo he dicho cien veces.

—¡Ah!

—Ha venido un caballero, un general, al castillo, me ha hecho cincuenta mil preguntas sobre Aurora; parecía saber muy bien todo lo que ha pasado. Y hablando, me ha propuesto comprarme los pequeños recuerdos que yo conservaba.

—¡Eh!

—Ya sabéis, las mantillas, los pañales, la capa de seda con encajes, los gorritos con puntillas y en fin, todo el ajuar de la pequeña...

—Sí.

—En un principio no quise entregárselos... pero me enseñó dinero, billetes, y al fin me convenció. El dinero es muy tentador ¿verdad?

—¿Y?...

—Le he entregado todo lo que de la niña tenía. ¡Diez mil francos es una buena suma!

El notario permaneció impasible.

—Es una suma—repitió Claudia.—Eso engordará la hucha de Bernardo.... Nuestro. Bien sabéis vos.

Y de pronto lanzó una exclamación:

—¡Dios mío! ¿qué le pasa?—dijo.

El Sr. Pilet reía, y riendo repetía:

—¡Ah! sí, nuestro hijo... ¡Bernardo!... Pero desgraciado... él no tendrá necesidad de los diez mil francos, ni de los otros... del millón... de los millones... de nada.

Y una risa cada vez más inquieta le sacudía como un espasmo.

Claudia, asustada, sin comprender sus palabras corrió á la escalera y gritó:

—Justina... cualquiera... un médico... corred.

Un cuarto de hora después un doctor, el mismo con quien el general Fugeret había hablado la víspera en la fonda, estaba al lado del notario y decía:

—Tenía que suceder... el exceso de trabajos... la vejez... No se puede hacer nada.

Claudia preguntó:

—¿Podrá hacer testamento al menos?

El galeno respondió con indiferencia.

—¡Es posible, si la razón vuelve! pero es dudoso... á su edad.

Claudia se sentó agobiada en una silla, murmurando.

—Todo se ha perdido. He sido muy torpe, hace tiempo que he debido hablarle del testamento. Hoy es ya tarde.

Al mismo tiempo, el general tomaba en la estación de Vichy el tren para París.